

El teatro chileno bajo la dictadura

Escenario de resistencia

Rodrigo Alvarado E. LN 17 de diciembre de 2006

Asesinatos, exilio, censura y represión marcaron una época a la que el teatro respondió con denuncia. Un lugar donde la crítica al Gobierno militar fue directamente proporcional a la audacia de las obras que montaron quienes no se taparon los ojos y miraron al enemigo de frente.



Un artículo en La "Segunda" dijo que "Hojas de Parra" era "un infame ataque al gobierno" y la carpa de Jaime Vadell se llenó. A los pocos días fue incendiada en toque de queda

Cuando el 16 de septiembre de 1973 fue encontrado el cadáver de Víctor Jara, se produjo la primera pérdida del teatro chileno. El cantautor, actor de profesión, tuvo una carrera igual de relevante como director de teatro y su muerte caló hondo en sus cercanos.

El purista Teatro El Ángel, de Alejandro Siebeking y Bélgica Castro, se autoexilió en Costa Rica a menos de un año de la muerte de su amigo. "Fue un golpe demasiado duro", dice el matrimonio que en Centroamérica dio cátedra por más de una década. Se calcula que un 25% de los teatristas nacionales lo hicieron, incluyendo a la Compañía de los Cuatro y El Aleph en 1979.

Este último es paradigma de la represión. En octubre de 1973 montaban "Y al principio existía la vida", "la primera obra en tono de protesta después del golpe", dice su director, Óscar Castro. La osadía la pagaron con el desaparecimiento del actor John McCleod y la madre de Castro, luego de una visita a su hijo en Tres Álamos, donde escribió una de las historias más sublimes del teatro en centros de reclusión.

Afuera, aparte del Ictus y las compañías que apelaron a la comedia liviana y el café concert, sólo los teatros universitarios seguían con vida, aunque intervenidos y desmantelados de sus históricos maestros y empujados al autofinanciamiento. "El Teatro de la Universidad de Chile fue devastado, hubo compañeros exiliados y desaparecidos", recuerda Héctor Noguera, desde un escenario menos castigado: la Universidad Católica.

Sin embargo, muchos actores no estaban dispuestos a callar. La historiadora María de la Luz Hurtado apunta que "entre 1974 y 1982 se hicieron 45 obras contra el régimen militar, denunciando y resguardando el espíritu crítico que lo caracterizó".

De hecho, en 1974, el mismo Noguera hacía un guiño contra la dictadura con el monólogo libertario “La vida es sueño”. “De a poco el teatro se hizo presente a través de los clásicos, porque la comisión de Gobierno no entendía la puesta en escena, que para el público tenía significado político”, explica.

ROMPIENDO EL HIELO

Cabe destacar que en Chile nunca hubo, como hoy, una institucionalidad preocupada de la cultura en su concepción integral. El famoso apagón cultural se debió a que el Estado dejó de subsidiar a los artistas. Pero al régimen no sólo se despreocupó de la cultura, sino que hizo todo más difícil.

Un ejemplo de censura fue la abolición de la Ley de Protección al Teatro Chileno en 1974, instalando un impuesto del 22% de la taquilla, a excepción de aquellos espectáculos que una comisión de Gobierno juzgara de “valor cultural”.

En 1978, Jaime Vadell perdió su carpa incendiada por agentes del Estado. ¿El motivo? “Hojas de Parra” llenó el lugar un día después de que un artículo en “La Segunda” catalogara el montaje como de oposición al Gobierno.

Por esos años, la crítica desde el teatro se hizo más evidente, aunque a través del simbolismo. La cesantía y la precariedad impuesta por el régimen empiezan a ser retratados por compañías como Ictus con “Pedro, Juan y Diego”, y “Tres Marías y una Rosa”, de David Benavente. Según el dramaturgo Marco Antonio de la Parra en su libro “La mala memoria”, “asistir al Teatro La Comedia se transformó en un ritual de la oposición”.

DIRECTO AL GRANO

Eran tiempos en que la fiesta capitalista había entrado en crisis. En 1982, banqueros y empresarios quiebran y aumentan la población penal, creando desconfianza en el modelo neoliberal y generando la peor etapa laboral de la dictadura, con una cesantía del 20%.

En ese contexto, la ausencia de la contingencia política fue suplida, primero, por la pluma de un estudiante de psiquiatría que capea censuras universitarias con “Lo crudo, lo cocido y lo podrido”, el propio De la Parra.

Le siguió un hombre que tuvo todos los oficios antes de ser dramaturgo, Juan Radrigán, con “Testimonios de las muertes de Sabina”, que hizo el Teatro Imagen, y luego “Hechos consumados”. Además de la sociedad que formó con Gustavo Meza, Radrigán escribía en las poblaciones.

“Había muchas compañías que fueron necesarias para el tiempo, siempre políticas, con el objetivo muy claro”, esgrime el dramaturgo sobre esta faceta no profesional albergada en las capillas y sindicatos de zonas periféricas. “Lugares donde no llegaba la censura”, apunta.

LA IRONÍA Y EL DOLOR

Por otro lado, se inicia la “apertura política” con figuras de la oposición de vuelta al terreno público. Los cacerolazos son habituales y empiezan a volver los primeros exiliados.

Aquí vino el turno del sociólogo Ramón Griffero, que volvió desde Bélgica con una concepción diferente del teatro. Su posmoderna dramaturgia y sus novedosas puestas hablaban del quiebre de la utopía, exilio, torturas y desaparecidos.

“Podía aparecer un video de Pinochet, imágenes de madres de detenidos desaparecidos y alguien cantando el ‘Only you’, la gente se expresaba desde la ironía y el dolor, sin metáforas”, rememora.

Según Alfredo Castro, en esos años actor del Teatro Fin de Siglo, “el máximo referente del teatro político era el Ictus, pero Ramón lo amplió a la sexualidad, el género y el cuerpo”. Y un lugar emblemático de los '80, El Trolley.

“Fue un núcleo de resistencia que no pide permiso, no paga impuestos y se junta una generación que se expresa, más como una rebeldía contra un padre autoritario que frente a un invasor”, aclara Griffero, sobre el lugar donde coexistían desde los “Pinochet Boys” hasta las performances sobre el cuerpo militarizado, de Vicente Ruiz.

LA ESPERANZA

Los conflictos del país lo eran también los del teatro. Mítica es la actuación de Roberto Parada junto al Ictus, recién enterado de la muerte de su hijo degollado por carabineros en 1986. El fundador del Teuch se justificó por el respeto que le debía al público; su amiga Delfina Guzmán lo recuerda como “el episodio más triste del teatro en la dictadura”.

En la calle, Andrés Pérez imponía su teatro de guerrilla que asaltaba cualquier espacio público por 20 minutos. A pesar de que sus temáticas siempre subrayaron en el humanismo, la compañía Teuco desfiló varias veces hacia la comisaría.

“Una vez nos llevaron porque la obra se llamaba ‘El sueño de Pablo’, lo asociaron con Neruda”, comenta su compañera Rosa Ramírez, protagonista de “La negra Ester” (1988), obra que sin hablar de política se transformó en uno de los símbolos del regreso de la democracia y que hasta la dictadura se le atribuye en más de algún especial hecho rapidito en el verano de 1990.

Como concluye María de la Luz Hurtado, “en las calles ya estaban las protestas y la efervescencia social. El teatro ya había cumplido su rol, denunciando y reflexionando sobre la realidad social, era hora de empezar a explorar en nuevas formas y subjetividades”. LCD



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.